

# Éramos tres

**É**ramos tres y, uno, sobraba. Por supuesto, a mí me molestaba mucho más que a él. Al fin y al cabo, la más perjudicada era yo porque a él le daba igual. La noche que lo descubrí no pude dormir. No estaba segura de lo que estaba ocurriendo, pero sabía que no iba a acabar bien. Pensé en la primera vez que la iba a ver, así de cerca (o de lejos, me daba igual) y practiqué mi reacción en la mente.

Cuando llegó el día y la vi, me asusté. No pensé que me iba a dar tanta impresión, pero así fue: me agité, di un salto y mi corazón se puso a palpitar como loco. Ella salió corriendo y lo único que me dejó fueron unas ganas increíbles de volarle los sesos como a cualquier otra rata de alcantarilla. De hecho, lo único en lo que pude pensar esa noche fue cómo hacerla desaparecer del mapa. Hasta me reía por lo bajines al planear su desaparición.

Así que me fui a la tienda y compré todo lo que me iba a hacer falta, incluso más de lo que necesitaba. “Más vale que sobre que no que falte”. De camino a casa pensaba que tenía material suficiente como para desaparecer a tres “rompehogares” más. Y me volvía a reír ante la inminente venganza que iba a acontecer.

En realidad, lo que me ocurría a mí le había ocurrido a muchas otras mujeres (y hombres, supongo), pero todas lidiaron con la situación de diferente manera: algunas aprendieron a vivir con ello, otras se fueron de casa y otras, como yo, decidieron cortar por lo sano y atacar el problema de raíz. Nunca la consideré un problema, porque, al fin y al cabo, era más pequeña y peluda que yo, pero a veces me parecía mucho más lista y, evidentemente, conseguía lo que quería. No, no había de otra, era o ella o yo (y yo pagaba a renta).

De hecho, y en una nota de sinceridad, era la segunda vez que un ser de sus características irrumpía en mi vida sin pedir permiso. La primera vez, por ser la primera, tardé un poco en actuar y pensé que desaparecería por sí sola. No fue así y actué de la manera que pensé que sería mejor: contratando a un profesional. Él se ocupó de los detalles y yo me ocupé de olvidarme del tema y pensar que nunca más volvería a suceder. Estaba equivocada.

Así que llegué a casa, le tendí la trampa con todo el cariño y alevosía y me fui con mis amigos a cenar. Ellos me notaban preocupada y no tuve más

remedio que contarles la verdad. No hubo problema: todos me entendieron y me dijeron que no me podía quedar indiferente ante una situación tan desagradable. Lo que no sabían ellos era la sorpresa que le tenía preparada en casa a mi nueva amiga.

Después de cenar no sabía si quería o no quería volver al hogar: no sabía lo que me iba a encontrar allá y me daba asco pensar qué haría con el cadáver. En efecto, llegué y la maldita hija de su madre estaba allá, sin poder moverse, pegada a la trampa. Agarré la escopeta y le pegué tres balazos a sangre fría. Cuando me acerqué un poco más me quedé sin ninguna duda: la rata estaba muerta. Éramos dos otra vez.

### **Maite Correa**

#### **Crítica**

En “Éramos tres” Maite Correa crea una narradora cercana y accesible, olvidando por un momento las sofisticadas y agotadoras trampas intelectuales y retóricas con las que tantos y tantos autores nos han hecho miserable nuestra existencia desde la alborada de la literatura. Su historia, igualmente, está desprovista de grandes pirotecnias, de afectación innecesaria; es simplemente el diálogo ensimismado de una mujer obsesionada por el espacio que comparte con una enemiga repugnante. Este breve relato puede bien considerarse un ejercicio de sencillez y cotidianidad, una muestra de que los narradores no son ni deben ser, necesariamente, magos cuánticos,

alquimistas de lo incomprensible. Aunque desprovisto de fardos decorativos, “Éramos tres” construye un pequeño clímax, similar a los que se viven en un entorno doméstico común. La aparición de expresiones del idiolecto de la voz narrativa y las observaciones humorísticas que salpican el texto hacen de la lectura una experiencia agradable, aun cuando el pretexto para aventurarse a leer un cuento con todas las características que he mencionado es, a decir verdad, sumamente difícil de encontrar.

**Carlos Mal Pacheco**